

## EMILIO J. HARDOY

Por el académico DR. GERARDO ANCAROLA

En el comienzo mismo de este año, el 27 de enero, falleció el Dr. Roberto Repetto y el pasado 22 de julio se cumplieron cinco años de la muerte física de Emilio Hardoy.

Ambos honraron con su paso esta Academia, dejando un recuerdo imborrable por la inteligencia de la que estaban dotados, por la cultura general que poseían, por la acendrada devoción a la Patria y a las instituciones libres y hasta por el talante caballeresco del trato cotidiano siempre fino y cordial. Esta Corporación, pues, los extraña, y por eso se ha decidido rendir homenaje público para exaltar sus virtudes y sobre todo para ponerlos como ejemplo en los días que corren.

Ambos pertenecieron a la misma generación: Roberto Repetto había nacido el 5 de abril de 1916 y Emilio Hardoy el 25 de agosto de 1911. Ambos murieron a la misma edad. Tuve la fortuna de cultivar una sincera amistad con ambos y los acompañé en sus días postreros. Por eso es que participo con sentida emoción de este homenaje. Pero mientras el primero fue un hombre de pensamiento, el segundo además fue también un hombre de acción.

Como se ha dicho, evocará la personalidad de Roberto Repetto, el académico Dr. Alberto Spota. Nosotros nos referiremos a Emilio Hardoy.

Nacido un año después del centenario -cuando orgullosamente integrábamos el lote de las naciones más ricas y prósperas del orbe- el destino lo coloca como lúcido testigo de un turbulento proceso que sacudió hasta los cimientos mismos del país, y que sobre todo, a partir del 4 de junio de 1943, llevó a la Argentina de la grandeza a la decadencia. No nos olvidemos que somos la única nación que en esta centuria bajó del primero al tercer mundo. Y por eso con su penetrante sagacidad Raymond Aron afirmó, hasta con un dejo de amargura, que en definitiva Argentina fue la gran "decepción del siglo XX".

Sólo formulamos estas duras reflexiones para situar el verdadero escenario donde transcurre la vida de Hardoy; donde despliega su obra cívica e intelectual; donde se estrellan sus ilusiones y donde brinda sus esfuerzos, en todos los campos, por revertir una tendencia que desesperaba a los espíritus superiores como el suyo. Porque no nos equivoquemos, los argentinos ya no tenemos el derecho a ser ingenuos y menos aún a hacernos los desentendidos. La experiencia histórica ha demostrado que a los países que atravesaron crisis tan profundas y generalizadas como las que nosotros sufrimos, sólo se los reconstruye -piedra sobre piedra- si sus dirigentes son hombres dotados de la capacidad y la sensibilidad, de la vocación de servicio y sobre todo de la conducta moral de Emilio Hardoy.

Apasionado por la política práctica -que cuando es una vocación profunda es como una llama abrasadora-, pero al mismo tiempo atenaceado por una poderosa inteligencia, que le exigía enriquecerla con el estudio y la reflexión, es el prototipo del político culto, que en toda su acción cívica manifiesta la solidez de su formación intelectual.

Y en el caso de Hardoy era, sencillamente, de excepción. Dominaba el alemán, el inglés, el francés y el portugués. Era un lector infatigable, en especial de los clásicos, pero estaba siempre atento a todas las novedades. Fue también un refinado bibliófilo y buen conocedor de las artes plásticas. Espíritu sensible, tocaba el piano y el violín. Orador brillante, dueño de un estilo muy personal e incisivo, cautivaba a los oyentes y lo variaba cuando hablaba en los foros académicos, en el Parlamento o en las asambleas populares. Escritor de notables condiciones, nos legó una obra múltiple y variada, pero dispersa, con artículos y ensayos de gran valor y en el final de su vida, nos regaló sus memorias.

Era pues un humanista, y que un humanista se dedique a la política práctica, entre nosotros hoy es toda una excepción. Por eso Hardoy pertenece a una especie de políticos que en la Argentina está en vías de extinción.

A una figura así de poliédrica, que se destacó en las más diversas manifestaciones de la vida -desde su profesión de abogado hasta funcionario probo cuando ocupó cargos públicos- es muy difícil perfilarlo en una conferencia, máxime cuando se dispone como en nuestro caso de pocos minutos. Por ello no podré ni linealmente seguir su trayectoria cívica, que lo encumbró como uno de los dirigentes políticos conservadores más completos de su época.

Comenzó su “cursus honorum” auspiciosamente, cuando a pesar de no contar con la edad requerida fue elegido diputado nacional y debió defender en 1938 su incorporación al Congreso en un debate memorable. Fue también senador en la Legislatura de Buenos Aires, convencional nacional constituyente en 1957, dos veces candidato a gobernador de Buenos Aires, presidente de la Federación Nacional de Partidos de Centro y del Partido Conservador.

Pero ahora, viendo en perspectiva esa trayectoria, primero por la irrupción del populismo demoleedor de los años 40 que culminó con una dictadura, y luego, restablecidas las libertades, por la pérdida del rumbo de nuestras clases dirigentes, está claro que la Argentina desaprovechó los talentos de hombres como Emilio Hardoy que, por ejemplo, en los últimos veinticinco años de su vida, no ocupó ningún cargo público, ni en el gobierno ni en la oposición, que en las democracias co-gobierna. Y así nos fue.

Pero lo expuesto no constituyó un obstáculo para que, sin embargo, tuviera una presencia activa en el país y para que sus opiniones merecieran de todos los sectores consideración y respeto.

Y precisamente sus méritos y su gravitación en la opinión pública impulsaron a los señores académicos a integrarlo a nuestra Corporación. Lo hizo el 24 de junio de 1987 con una disertación profunda y matizada que tituló “Grandeza y miseria de la política criolla. Reflexión sobre los últimos sesenta años” y donde analizó las seis décadas que llevaba militando en política. Lo hizo, además, con cruda franqueza, señalando los aciertos y los errores, propios y ajenos, pero con un tono levantado porque reconoció -textualmente- “que hace tiempo que he perdido la ambición, y arribado a la región de la serenidad y el recuerdo y ocupó un puesto de observación que me permite contemplar mejor que otros el devenir de los sucesos”.

Ese puesto de observación al que se refiere no es otro que el de jefe de editoriales del diario “La Prensa” al que ingresa a comienzos de 1977, reemplazando a otra notable personalidad argentina, Alfonso de Laferrere, ilustre miembro de número, que también lo fue, de esta Academia.

Desde allí, siguiendo sin solución de continuidad una tendencia ya secular, orientó a la opinión pública y ejerció un verdadero magisterio cívico en defensa de los grandes ideales de libertad y progreso que engrandecieron a la Nación. Por ello

aunque no llevaran su firma, sus notas se descubrían fácilmente por su estilo, y por eso también, por su calidad no morían con el día. Tanto en sus memorias como en uno de sus últimos discursos, afirmó que de todas las funciones que la vida le había deparado, ninguna le proporcionó tantas y tan seguidas satisfacciones como bregar por los grandes principios que se defendían desde las columnas absolutamente independientes del diario.

Y ello así, porque Hardoy tenía otras dos cualidades imprescindibles para ser el gran editorialista que fue. Tenía primero un vivo interés por la historia, porque sabía que -como ya lo dijo Santo Tomás- “no puede haber inteligencia del presente, sin memoria del pasado”. Y si bien Ortega exageraba cuando decía que el hombre “no tiene naturaleza, tiene historia”, de lo que no hay duda es de que en la naturaleza del hombre, está la historia.

Y, en segundo lugar, tenía también una gran pasión por la libertad; de ahí su desprecio por las dictaduras de cualquier signo o por esas formas inferiores de la política que son los populismos demagógicos, que desvirtúan y pervierten las instituciones democráticas y socavan las mejores tradiciones nacionales.

Podríamos concluir coronando estas palabras con algunas consideraciones sobre lo que Hardoy significó para el país o con algunas citas de sus escritos o con algunos adjetivos para resaltar las muchas virtudes que abordaban su recio perfil.

Pero esta tarde, ante este público tan cordial, descuento que se me permitirá abandonar alguna formalidad académica para utilizar un matiz más intimista y formular breves recuerdos personales.

No podría precisar cuándo ni cómo conocí a Emilio Hardoy. Pero debe ser cuando, adolescente, estuve entreverado con quienes tenían la obsesión de vertebrar una coalición con fuerzas ubicadas en lo que genéricamente podríamos denominar el “centro político”, para que se constituyera así una opción libre, inteligente y responsable, frente a las opciones impuestas. Ya sabemos, en cambio, la retahíla de fracasos que en ese sentido hemos padecido y seguimos padeciendo.

De todas maneras, y aun militando en partidos distintos, mantuvimos con Hardoy una viva corriente de simpatía que se acrecentó cuando él ingresó al diario y nos veíamos en ese palacio que era la sede de “La Prensa” en Avenida de Mayo, donde yo ya me desempeñaba como abogado del diario.

Entonces, antes o después de hacer la casi semanal visita a la Dirección para hablar con el Arquitecto Máximo Gainza sobre los temas específicos, me detenía en el despacho de Hardoy, para saludarlo, cambiar impresiones sobre la siempre tensa situación política o simplemente por gozar de la compañía de un conversador brillante, irónico y sobre todo culto con el que mucho aprendía. Se fue generando así, con el correr del tiempo y las vicitudes por las que atravesaba el país -y por qué no decirlo, los problemas de “La Prensa” en su condición de diario independiente- una cálida y sincera amistad. A veces, me solicitaba alguna nota política o algún editorial.

Pero un día en 1989 me llamó y me dijo “Estoy agotado. Hoy tuve que escribir cinco editoriales”. Esto aconteció porque a la jubilación de algunos editorialistas, se habían sucedido fallecimientos y licencias en el equipo. “Le agradeceré mucho -continuó- si me ayuda en esta tarea y si fuera posible me redacte un editorial”.

Volví a mi estudio y de inmediato escribí uno, parafraseando en el título una película de moda, y se lo envié.

A la mañana siguiente me llamó por teléfono y me dijo: “Tengo dos novedades: una buena y otra mala. La buena, me gustó mucho su editorial. La mala, de ahora en más, se sacrifica conmigo y se queda a mi lado para siempre”. Y desde entonces me incorporé a la sección editorial. Hasta sucederle en el cargo en 1992.

Pero desde 1991 su salud se había resentido. Había dejado la dirección editorial, concurría al diario con menos frecuencia y escribía ya los capítulos finales de sus memorias.

Sin embargo seguíamos viéndonos con asiduidad. Recuerdo con emoción la última visita que le hice, ya postrado en el sanatorio, pero increíblemente lúcido, y los consejos finales que me dio.

Días más tarde, se me encomendó la dolorosa misión de despedir sus restos en la Recoleta en una fría y gris mañana de julio de 1992.

Señoras y señores: Hace cinco años falleció Emilio Hardoy. En el discurso de incorporación a esta Academia, junto al juicio crítico, dejó un esperanzado mensaje cuando expresó “abrigo la firme y jubilosa convicción de que la lección aprendida de la grandeza y miseria de la política criolla en los últimos sesenta años, servirá para impulsar a nuestro pueblo al gran destino que le está reservado por su gran historia”.

Pero en realidad, desde entonces, por esta suerte de aceleración de la historia que vivimos -la tecnología le ha dado al tiempo una nueva y más veloz dimensión- hemos tenido avances, pero también retrocesos.

La democracia como estilo de vida (por ejemplo) se está arraigando en la conciencia popular, en la "clase política" y en otros sectores de la vida nacional. Las grandes líneas de la tendencia económica que se aplican la han mejorado, y está visto que con energía y destreza se podrá llegar a la racionalidad en ese campo y evitar así esa estafa permanente que fue por décadas la inflación endémica y el intervencionismo estatal asfixiante.

Pero institucionalmente, objetivamente, hemos retrocedido.

La Constitución histórica, la que Hardoy defendió, y confesó en sus memorias lo emocionó hasta las lágrimas cuando en 1957 fue restablecida por la Convención Constituyente, hoy -por un oscuro proceso donde se mezclaron desde la ambición personal a la frivolidad- ha sido suplantada por un texto profuso, difuso y confuso que conspira contra el perfil republicano, representativo y federal que nos legaron los venerables convencionales del 53.

A ello se suma el descenso intelectual de nuestras clases dirigentes y un preocupante deterioro de la ética pública que se extiende como una gran mancha por todo el tejido social, porque penetra hasta en las actividades privadas.

Pero a pesar de todo no hemos perdido las ilusiones. Y así como hasta ahora ejercimos el derecho a la nostalgia, al evocar a Emilio Hardoy, también tenemos el derecho a la esperanza, porque la Argentina tiene todavía reservas para retomar el destino de grandeza trazado por la Historia.

Mantenemos casi intactas nuestras riquezas, sobre todo las del subsuelo, de las que no es la principal la de los hidrocarburos y los minerales, sino la constituida por los huesos de sus grandes muertos que son una formidable fuente, siempre renovada, de energía espiritual. Porque en realidad, no sólo siguen vivos, sino que, además, nos siguen trazando rumbos.

De esa magnífica generación a la que pertenecieron Emilio Hardoy y Roberto Repetto y que es quizás -y sin quizás- la última que prolonga el brillo de las grandes generaciones argentinas -y de la que felizmente aún quedan muchos representantes, algunos de los cuales nos honran aquí con su presencia- tengo para mí que Emilio Hardoy será de los que desafiará con éxito al olvido porque, además de sus virtudes, al

final de su existencia tuvo algunos gestos, que aunque anecdóticos, son los que se recuerdan. Y es justo que así sea. Lo recordarán entonces siempre quienes gozaron de su amistad, que para el viejo Epicuro constituía el mayor de los placeres; lo recordarán quienes compartieron sus ideales y su vida cívica; lo recordarán por la magia de la palabra escrita a la que permanentemente se puede recurrir. Pero lo recordarán también todos los que luchan, desde cualquier trinchera, por una Argentina grande en democracia; lo recordarán quienes siguen creyendo que la política es una parte de la ética y no una rama de la química, donde se puede hacer cualquier combinación, cualquier mezcla o cualquier ensayo; y sobre todo lo recordarán los que creemos, como él creía, que por un milagro divino el espíritu es inmortal.